

Animales



Susan Orlean

Todo lo que ellos saben y nosotros no sobre lo
esencial de la vida

SUSAN ORLEAN
ANIMALES

Todo lo que ellos saben y nosotros no
sobre lo esencial de la vida

Traducción de Juan Trejo

Título original: *On animals*

© Susan Orlean, 2021

© por la traducción, Juan Trejo, 2022

Corrección de estilo a cargo de Cristina Lizarbe

© Editorial Planeta, S. A., 2022

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-9998-917-4

Depósito legal: B. 6.883-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Introducción. Animalera</i>	13
El pájaro de moda	33
Perro de concurso	51
La Dama de los Tigres	63
Cabalgando alto	83
Pequeñas alas	99
Acción animal	119
¿Dónde está <i>Willy</i> ?	133
<i>Carbonaro y Primavera</i>	157
Realista	165
El encantador de leones	179
La pandemia de los conejos	197
La bestia perfecta	217
Perro perdido	225
Donde los burros trabajan	243
En la granja	259

<i>Agradecimientos</i>	295
<i>Créditos de los textos</i>	297
<i>Créditos de las ilustraciones</i>	299
<i>Biografía</i>	301

EL PÁJARO DE MODA



Si no hubiese visto a Janet Bonney emplear la respiración boca a boca para resucitar a su gallina *Número Siete*, que se había quedado congelada debido a una tormenta de nieve, y después descongelarla y traerla de vuelta a la vida —alimentándola con la mano y dándole masajes como había visto hacer a un médico en la televisión—, tal vez no me habría convertido nunca en una fan de las gallinas. Pero, hace unos años, vi un documental titulado *The Natural History of the Chicken*, que me llevó a conocer la historia de Bonney y de *Número Siete* y, por primera vez en mi vida, se me pasó por la cabeza la posibilidad de tener gallinas. Vi el documental sin tener ningún conocimiento previo sobre esas aves. Pero presenciar la resurrección de *Número Siete*, seguida de unos hermosos planos de gallinas exóticas y pequeñas bandadas viviendo en patios traseros, me hizo desear tener gallinas, de hecho las quise con una urgencia que superaba incluso mi loco deseo adolescente de tener un poni. En un principio, pensé que esa fijación por las gallinas era una fase por la que solo yo estaba pasando, pero resultó que, justo en esa época, en todo el país y también en el extranjero, había surgido una creciente pasión por criar estas aves. Las

gallinas parecen ser la conjunción perfecta de las cuestiones económicas, medioambientales, gastronómicas y emocionales del momento. Además, en los últimos años su imagen ha recibido un lavado de cara de tal calibre que debería ser estudiado por los asesores de marketing. Ahora que tengo gallinas —siete, según mi último recuento, porque esa cantidad, por culpa de los depredadores, es inquietantemente variable—, soy objeto, como no lo he sido nunca en toda mi vida, de la más pura envidia.

Si trazamos un diagrama de Venn con el interés por tener gallinas y las circunstancias relacionadas con la edad, el género, el terreno, el apetito y la tolerancia estética, yo acabaría en ese punto oscuro del centro donde convergen todos esos grupos: soy el público objetivo de las gallinas. Incluso ahora, que hace ya años que las tengo, no deja de sorprenderme. Soy una aficionada a los animales, pero siempre me he inclinado por aquellos que tienen pelo. Nunca había deseado tener un pájaro. Cuando me fui de Manhattan, hace ya unos años, y me instalé a cientos de kilómetros al norte, en una casa con mucho terreno y un urbanismo muy favorable a los animales, la primera criatura que me planteé adquirir fue un caballo, que más tarde reduje hasta convertirlo en un burro. Durante un breve periodo de tiempo me planteé tener un pato, porque había visto algunos en la casa de mis vecinos y pensé que sería bonito. Pero no disponíamos de estanque y la idea de tener unos patos cuya fuente de abastecimiento de agua fuese una piscina infantil de plástico del Toys “R” Us parecía echar a perder la rusticidad de la experiencia.

Para cuando vi *The Natural History of the Chicken*, algo estaba ya fraguándose en el mundo de las aves de corral desde hacía tiempo. En 1982, Martha Stewart publicó su primer libro, *Entertaining*, en el que mostraba su bandada de gallinas exóticas y sus huevos de bonitos colores pastel. Las fotografías de Stewart con sus aves fueron una revelación. Durante los cuarenta años anteriores, la cría de gallinas se había considerado una profesión humilde, ubicada

en un reino de tinieblas que oscilaba entre el arriesgado negocio del ganado y el prosaico ámbito de la agricultura. Las gallinas criadas en granjas industriales parecían tener lo peor de ambos mundos. Amontonadas en unos lamentables cubículos, las aves de esas granjas parecían tener que ver más con plantas que con animales, a pesar de ser ruidosas, apestosas y tener la capacidad de sentir. Las gallinas no tenían ningún tipo de glamour.

El libro de Stewart vendió cientos de miles de ejemplares. Es posible que las lectoras estuviesen más interesadas en cómo preparar su pollo al curry con nueces que en cómo criar y cuidar a una gallina viva, pero no pudieron evitar fijarse en la defensa que Stewart hacía del cuidado de las gallinas. Al cabo de unos pocos años, Stewart lanzó su revista, que solía mostrar a sus gallinas en primeros planos, como supermodelos de aspecto noble y fabuloso. También sacó una bonita colección de pinturas con los colores de los huevos de sus gallinas. En definitiva, empezó a hacer que las gallinas pareciesen menos ganado y más criaturas útiles y sociales, agradables e interesantes. Las reivindicaba constantemente.

—Todas mis gallinas tienen nombre, todas —declaró hace poco—. Las conozco. Me preocupo por ellas. Me entristece mucho cuando les pasa cualquier cosa. Por ejemplo, me entristeció cuando mi *fayoumi* egipcia murió congelada —suspiró y acabó añadiendo—: Fue horrible. Nunca más volveré a tener una *fayoumi* egipcia.

*

No hace mucho, me encontraba en la sala de espera de mi veterinario con una de mis gallinas, que estaba enferma. A mi lado estaba sentado un hombre de cara roja con un caniche cojo. Yo llevaba mi gallina en un trasportín para gatos. Cuando el hombre se inclinó para echar un vistazo a lo que llevaba dentro, estoy convencida, por la expresión de su rostro, de que esperaba encontrarse con un

gatito maullador. Sorprendido, se dejó caer de nuevo sobre el asiento y dijo:

—Las gallinas son las nuevas mascotas de moda, supongo.

Bueno, sí y no. Hasta los años cincuenta del siglo pasado, era habitual tener unas pocas gallinas en casa. Eran baratas y fáciles de criar. Al contrario que las vacas o las ovejas, soportaban bien casi cualquier clima, podían subsistir a base de migas y bichitos, ocupaban poco espacio, les bastaba con un refugio mínimo, y fertilizaban y aireaban la tierra del jardín. Recoger los huevos era una tarea tan sencilla que a menudo se les asignaba a los niños; por el contrario, conseguir leche, carne o lana era una labor importante que exigía un adulto preparado para ello. Las gallinas eran una buena inversión. Hace cien años, un polluelo de gallina costaba unos quince centavos y una gallina ponedora unos pocos dólares. Una gallina en su mejor momento, que dura unos dos o tres años, puede producir un huevo al día o dos en la temporada de puesta, y en cuanto deja de ponerlos puede ser cocinada.

Comprar huevos durante todo el año en el supermercado es una costumbre relativamente reciente. La gente acostumbraba a comer huevos cuando sus gallinas estaban en la época de puesta. Las incubadoras industriales, que permiten criar gallinas a gran escala, no se inventaron hasta finales del siglo XIX y su uso no se generalizó hasta varias décadas después. Pero, aun cuando se convirtió en algo común, la producción de huevos era lenta. Hasta los años treinta del siglo XX, cuando el Departamento de Agricultura puso en marcha el Plan Nacional para la Mejora Avícola, que animó a los granjeros a criar gallinas más sanas y productivas —con el consecuente aumento de granjas industriales—, los huevos solo podían conseguirse en época de puesta, como las huevas de sábalo, y mucha gente siguió teniendo gallinas propias para disponer de una fuente fiable.

Un detalle que diferencia a las gallinas es que siempre se han considerado «ganado de mujeres»; las mujeres y las gallinas pare-

cen haber mantenido siempre una armonía natural. Las portadas de las primeras revistas sobre gallinas, como *Everybody's Poultry Magazine*, *Poultry Success* y *Farm Journal and Farmer's Wife*, mostraban fotografías de mujeres y niños en soleadas granjas con gallinas y pollitos a sus pies. Un libro publicado en 1919, *A Little Journey Among Anconas*, que elogia la cría de gallinas de raza Ancona, destaca por la fotografía de una joven ataviada con un fresco vestido de verano, mirando con auténtica adoración a una gallina negra encaramada a su mano derecha. Pequeñas y manejables, las gallinas eran una especie de extensión, capaz de andar y cacarear, del huerto, de la pequeña parcela de hierbas y verduras que se suponía que las mujeres tenían que cultivar para cubrir sus necesidades culinarias. Las granjeras solían vender los huevos que les sobraban para ganar algo de dinero propio. El libro *What Can a Woman Do*, de 1893, orientaba a las mujeres en profesiones como el periodismo, la odontología, la poesía y el cuidado de gallinas. (La apicultura y la jardinería eran las otras dos ocupaciones agrarias que aparecían en la lista.) La autora, Martha Louise Rayne, escribió, o mejor dicho declaró, que había «DINERO EN LOS HUEVOS» y contaba la historia de dos «mujeres desdichadas sin hogar» que habían montado una granja avícola juntas y que habían logrado un gran éxito. (Sin embargo, la historia no acabó bien, pues una de las mujeres decidió casarse con un bípedo masculino, abandonando a su socia y a sus gallinas.) Rayne indicaba que incluso las mujeres casadas podían tener gallinas, porque, según explicaba, esta tarea podía llevarse a cabo sin interferir en ninguna otra obligación doméstica.

La típica gallina de corral de principios del siglo XIX tenía la cresta roja y unas plumas brillantes de color rojo o marrón. Eran criaturas elegantes y robustas, corrientes en apariencia. Pero, en la década de 1840, los entusiastas de las gallinas introdujeron una especie china en Norteamérica y en Gran Bretaña. Los ejemplares más gordos y plumosos de entre esas aves se criaron para producir una variedad decorativa llamada Cochin, que tenía la forma y la

textura de una borla de maquillaje con patas. Las Cochín despertaron pasiones. Y comenzó la locura por la cría, la exposición y el comercio de las Cochín, dando como resultado una burbuja de especulación de una escala similar a lo que ocurrió con los tulipanes holandeses o las orquídeas durante la época victoriana. El precio de las Cochín alcanzó niveles absurdos. En una ocasión, un par de ejemplares llegaron a valer 700 dólares, un precio unas 10.000 veces superior al de un par de gallinas normales y corrientes. Todo el mundo, desde la reina Victoria hasta los miembros del Congreso, quería tener una de esas extraordinarias gallinas, sobre todo porque se decía que las Cochín gozaban de una gran inteligencia, así como de la capacidad para poner huevos que llegaban a tener un peso de más de cuatrocientos gramos. Resulta interesante que, a pesar de que las gallinas siempre se hayan asociado a las mujeres, la «fiebre de las gallinas», como se llegó a conocer a la pasión que despertaron las Cochín, afectó más a los hombres que a las mujeres. *The Century Magazine* habló de este tema en 1898, explicando que esos hombres obsesionados con las gallinas podían llegar a perder todo interés por la vida más allá de esos animales. Podían ser «apasionados admiradores de Shakespeare [...], pero ahora ya solo leen *Farm Poultry* o *The Care of Hens*».

Hasta los delincuentes y los timadores, incluso P. T. Barnum, acabaron metiéndose en el negocio. (En algunos casos, los tratantes de gallinas les pegaban plumas a los ejemplares corrientes para que pudiesen pasar por Cochín.) Pero pronto empezó a quedar claro que los beneficios soñados del comercio con gallinas exóticas eran total y absolutamente imaginarios. Los pioneros de la moda de las gallinas, como el príncipe Alberto, empezaron a cansarse de su pasatiempo. Y entonces las gallinas, metidas en cantidades demasiado grandes en casas demasiado pequeñas, empezaron a morir. La fiebre de las gallinas se enfrió. Los hombres volvieron a leer a Shakespeare y las gallinas retomaron su antiguo estatus de recias y constantes trabajadoras agrícolas.

Aun así, las gallinas siguieron siendo un elemento fijo en la mayoría de los hogares; de ahí que los estadounidenses que se mudaban de zonas rurales a la ciudad se llevasen a sus ejemplares con ellos. Fueron muy pocas las ciudades que prohibieron de manera específica la presencia de gallinas, y sucedió muchas décadas más tarde. No era posible llevarse a la vaca de la familia a la ciudad, pues no había dónde meterla, pero cualquiera que dispusiese de un pedacito de hierba podía criar una o dos gallinas.

No fue posible disponer de huevos baratos en el supermercado hasta los años cincuenta del siglo xx, más o menos en la misma época en la que los estadounidenses quedaron fascinados con la idea de una vida higiénica y con los barrios residenciales. ¿Puedes imaginar a los ambiciosos matrimonios jóvenes de los años cincuenta deseando tener unas pocas gallinas picoteando su jardín a dos niveles de estilo colonial o su patio de baldosas o correteando cerca de los columpios? Lo que se entendía como moderno, lo que se definía como moderno, era dejar atrás la granja, cortar de raíz cualquier asociación con ese tipo de vida. Muchos filósofos, incluido John Berger, sostienen que lo que consideramos modernidad empieza en el momento en que dejamos de necesitar a los animales —no los montamos ni los criamos ni los ordeñamos— y desaparecieron de nuestra vida cotidiana excepto como decoración.

Así pues, criar gallinas se despreciaba por ser algo anticuado. Poco después, los propios huevos pasaron a ser objeto de sospecha. En 1964, Konrad Bloch y Feodor Lynen recibieron el premio Nobel por su investigación sobre el colesterol, que conjuraba aterradoras imágenes de arterias endurecidas y lesiones vasculares. En los inicios de su investigación, lanzaron un ataque contra los huevos, con aquellas yemas cargadas de colesterol. Con la intención de contraatacar, la Junta Estadounidense del Huevo, puso en marcha la campaña *Incredible Edible Egg* (Huevos Increíblemente Comestibles) en 1976, pero el efecto acumulativo de las malas no-

ticias provocó que la cría de gallinas a nivel particular en este país pareciese condenada para siempre.

*

Cuando decidí que quería tener gallinas, tuve algunos problemas para averiguar cómo hacerlo. Al vivir en el campo, solía ver montones de gallinas en las granjas. De vez en cuando, me detenía para preguntar a los propietarios si estaban dispuestos a venderme un par, pero nadie parecía interesado en librarse de ninguna, pues una gallina madura que es buena ponedora es demasiado valiosa como para prescindir de ella. En primavera, mi tienda local de alimentación erigió una torre de jaulitas con diminutos polluelos dentro, todavía torpes, puro algodón. Por ley se te exigía comprar como mínimo un pack de seis pollitos, pero la perspectiva de tener que colocar lámparas de calor y también su elevada tasa de mortalidad me hicieron sentir incómoda. Más inquietante incluso era el hecho de que, a menos que seas un sexador de pollos profesional (un trabajo fundamental en la industria avícola), resulta imposible determinar el sexo de un polluelo, por lo que un pack de seis podía incluir seis gallos. Eso estaba muy bien si te gustaban las plumas llamativas, pero no si esperabas tener huevos.

Para que quede claro, al principio no estaba interesada en las gallinas por los huevos. Nunca había tenido huevos frescos, por lo que no le encontraba muchas pegas a los que compraba en ShopRite. Por otra parte, apenas había comido huevos durante años, pues tenía muy presente el tema del colesterol. Pero, como suele ocurrir, para cuando empecé a pensar en tener gallinas, los huevos habían quedado ya absueltos. Un estudio muy comentado del año 2001, llevado a cabo en la Universidad Estatal de Kansas, estableció que comer uno o dos huevos al día no estaba mal porque el cuerpo humano no absorbe una cantidad importante del colesterol de las yemas de huevo. (Las claras de huevo, como es obvio, son

completamente inocentes.) Las dietas altas en proteínas, como la de Atkins, muy de moda en su momento, defendían las tortillas como si fuesen la comida perfecta. En 2007, la Junta Estadounidense del Huevo tenía tantas esperanzas en la recuperación del consumo de huevos que volvió a lanzar su campaña Incredibly Edible Egg. En esta ocasión, la campaña incluía toda una serie de profesionales favorables a los huevos, conocidos como Embajadores del Huevo.

Más o menos en esa misma época, la idea de la dieta de los ciento sesenta kilómetros —es decir, comer comida no solo orgánica sino que haya crecido o haya sido criada en un área de ciento sesenta kilómetros a la redonda de tu casa— había ido ganando adeptos. El término *locavore* (que come alimentos locales, *locávoro*) se incorporó al lenguaje cotidiano. ¿Qué puede ser más local que tu patio trasero? Está muy bien plantar tus propias lechugas y tomates para hacer una ensalada o un acompañamiento, pero criar gallinas está incluso mejor porque significa que puedes preparar un plato principal con los ingredientes que tienes al otro lado de la puerta de casa. Para los más quisquillosos, los huevos tienen el atractivo añadido de ser una fuente de proteínas que no implica tener que matar a ningún ser. Si estuvieras intentando diseñar un producto que satisficiera las preocupaciones sociales del momento, es imposible encontrar una mejor elección que hacerse con una gallina.

La primera vez que pensé en tener gallinas no era consciente de que ya existía todo un movimiento social a favor de las aves de corral. No estaba iniciada en el mundo de las gallinas. Todavía no conocía los montones de grupos y páginas web que existen al respecto, como Chickens 101, Housechicken, Cotton-Pickin Chickens, Yardpoultry y My Pet Chicken; no era uno de los cuarenta mil miembros de los foros de BackYardChickens.com y no era una de las quince mil personas que se conectaban cada mes para ver los vídeos de la escritora Terry Golson en «HenCam», grabados en directo desde el gallinero del patio de su casa cerca de Boston; tam-

poco había comprado todavía el libro de Christine Heinrich *How to Raise Chickens*, de 2007, una guía muy directa para personas que puede que no hayan visto en su vida una gallina viva y que sigue vendiendo más y más ejemplares.

Me di cuenta de que cada vez que les comentaba a mis amigos que quería tener gallinas, exclamaban que también querían tenerlas. Era una respuesta válida solo para esa especie: cuando añadía que mi marido quería tener vacas de las Tierras Altas de Escocia, esas mismas personas se sorprendían y, de manera inevitable, decían: «Qué raro. ¿Y por qué?». Mis amigos consideraban que mi necesidad de tener gallinas era algo normal y comprensible, en lugar de manifestar que nos estábamos acercando al límite de la locura e íbamos a lanzarnos de forma temeraria, al estilo de la *sitcom* de finales de los sesenta *Green Acres*, a practicar la ganadería. Las gallinas parecían encajar a la perfección con la reivindicación postfeminista de otras artes propias de la vida en las granjas para las mujeres: hacer punto, preparar conservas y tejer edredones. Criar gallinas era una de esas aficiones que favorecían el «hazlo tú mismo» en una época en la que hacer las cosas por tu cuenta volvía a estar de moda, como una especie de declaración de autosuficiencia, una celebración de los trabajos manuales, de la voluntad de alejarse de una vida alienante y desconectada.

Mi intención era comprar un gallinero, pero todo lo que encontraba respondía a un diseño que era mitad caseta de perro mitad cobertizo para las herramientas, y además eran enormes, concebidos para un mínimo de veinte gallinas. Yo había pensado en una modesta bandada de cuatro. Conocía mis limitaciones. Me imaginé con mi humilde grupito de gallinas, refugiadas en algo pequeño y coqueto que no pareciese una cabaña de esquí suiza en miniatura en una urbanización fallida. Una noche, mientras buscaba un gallinero por internet con frases del tipo «gallineros chulos» y «gallinero de diseño moderno», encontré el Eglu. Se trataba de una cúpula achaparrada de plástico de colores brillantes, com-

pacta y mona, pensada justo para cuatro gallinas. Mejor todavía: podías pedirla con las gallinas incluidas; no seis polluelos de género indeterminado, como los que podía conseguir en mi tienda Agway, sino un mínimo de dos gallinas, hembras garantizadas, en el punto exacto de madurez (lo que la gente que suele tener gallinas denomina «punto de puesta»). Y me llegarían a la oficina de correos más próxima. Había encontrado mi gallinero... y mis gallinas.

Hace poco hablé con Johannes Paul, uno de los fundadores de Omlet, la empresa británica que fabrica los Eglu. Al principio, Paul no era fan de las gallinas. Tanto él como los otros tres fundadores de Omlet habían estudiado diseño industrial en el Royal College of Art, en Londres, y en 2004 tuvieron que enfrentarse a la paralizante perspectiva de sus proyectos de tesis. Se suponía que tenían que replantear el diseño de un objeto cotidiano y la madre de Paul, que tenía gallinas, les sugirió que diseñasen un cobertizo mejor para las aves. Los gallineros que estaban a la venta, al igual que los que la gente construía por su cuenta, solían estar hechos de madera, que resulta difícil de limpiar, de mantener seca y de sellar para aislarla.

—El plástico es fantástico, de verdad —me dijo Paul—. Utilizar el tipo de moldeo rotacional que usamos para el Eglu implica un aislamiento inherente, no tiene juntas y puede hacerse con colores saturados.

Por primera vez, un cobertizo para gallinas podía dar la impresión de ser algo moderno. De hecho, cuando el Eglu salió al mercado, muchas personas creyeron que se trataba de una nueva creación de Apple.

A sus profesores les encantó, y sus amigos y familiares se entusiasmaron hasta tal punto que los estudiantes decidieron probar con el Eglu en el mundo real. Lo sacaron a la venta en internet por unos 600 dólares y lo lanzaron en toda Europa, sin ningún tipo de publicidad. Vendieron mil Eglus el primer año y las ventas han ido

triplicándose año tras año. La mayoría compran el Eglu completo, con las gallinas incluidas. Según Paul, la mayoría de sus clientes son propietarios primerizos de gallinas. Al principio, en Omlet no eran partidarios de vender en Estados Unidos, porque los costes de envío eran muy elevados y también porque la empresa creía que iban una década por detrás de Europa respecto al interés por lo orgánico, la comida local... Es decir, todavía no éramos un país de criadores de gallinas. Pero tenían tantas peticiones que, en 2006, Omlet decidió desembarcar en Estados Unidos.

Desde entonces, TreeHugger.com, que monitoriza las tendencias ecológicas, ha pasado de describir la cría urbana de gallinas como un «raro hábito eco» a considerarlo todo un «movimiento a lo largo y ancho de Norteamérica». Han tenido lugar exitosos recursos judiciales contra las leyes anticría de gallinas en docenas de ciudades, incluyendo Cleveland, Missoula, Ann Arbor, Madison y South Portland, en Maine, y se han publicado guías para todo aquel que quiera enfrentarse a las ordenanzas en contra de las gallinas en su ciudad. En 2009, los Obamas recibieron una petición para que se añadiese una bandada de gallinas a los jardines de la Casa Blanca. («A Sasha y a Malia les encantarían», escribió uno de los solicitantes. «Tad Lincoln tenía un pavo llamado *Jack* en la Casa Blanca. ¡Recuperemos esa feliz costumbre!») *Backyard Poultry*, una revista que empezó a publicarse hace unos pocos años, tiene hoy en día una distribución de cientos de miles de ejemplares. El editor, Dave Belanger, declaró que ahora las tiendas están ansiosas por recibirla, mientras que, hace años, «no creo que nadie hubiese podido colocar una revista sobre gallinas en un kiosco». Muchas tiendas de mascotas ahora venden comida para gallinas junto a los expositores de Fancy Feast y los rollitos de cuero comestible para perros. Hace poco me topé con la prueba definitiva de esta tenencia de gallinas contemporánea: instrucciones, en el blog IKEAhackers, para construir gallineros a partir de muebles de IKEA.

En Estados Unidos, las gallinas opcionales que van con el Eglu las proporciona McMurray Hatchery, de Iowa, que es la mayor compañía especializada en la cría de especies avícolas raras del mundo. El catálogo de McMurray ofrece 110 especies. La empresa fue fundada en 1917 por Murray McMurray, un banquero de Iowa que vendía gallinas por afición. Durante la Depresión, su banco se hundió, pero su negocio de gallinas despegó —una correlación que resulta muy familiar en nuestra época actual—, y por eso el banquero McMurray se convirtió en el vendedor de gallinas McMurray. En 2009, McMurray Hatchery, que trata más con personas que desean tener un gallinero en su jardín que con empresas avícolas, vendió 1,7 millones de gallinas, desde pollitos con un solo día de vida, que cuestan más o menos 2 dólares, a gallinas en punto de puesta que ascienden a unos 12,95 dólares. Durante los dos últimos años, el criadero ha estado funcionando a pleno rendimiento y, aun así, ha vendido todas sus aves incluso antes de que estuviesen preparadas para el envío. El único otro año en la historia reciente en el que lo vendieron todo fue 1999. Bud Wood, el presidente de la empresa, afirma que si en 1999 se quedaron sin gallinas fue por el temor al cambio de milenio.

—Cuando las cosas vienen mal dadas —dijo—, la gente quiere gallinas.

*

Pedí un Eglu completo de color verde amarillento con cuatro gallinas rojas. Me lo enviaron con UPS. Pocos días después, las gallinas llegaron a mi oficina de correos.

—Tiene usted aquí un paquete —me dijo la empleada de correos cuando la llamé por teléfono—, y cacarea.

Fui corriendo al pueblo y recogí el paquete. Pesaba más de lo que esperaba, aunque era más pequeño de lo que había imaginado y tan ruidoso como me advirtieron. En casa, abrí la caja y saqué a

las gallinas para meterlas en la jaula de alambre que venía con el Eglu. Eran jóvenes, unas híbridas de Rhode Island llamadas Gingernut Rangers, con unos brillantes ojos marrones y unas abundantes plumas rojas con motas blancas. Sus crestas eran pequeñas y rosadas y sus rugosas patas eran de un intenso color amarillo. En cuestión de unas seis semanas, sus crestas se harían más rojas y sus patas adoptarían un tono más suave; señal de que estaban a punto de empezar a poner.

Siempre se ha creído que las gallinas son tontas. Incluso algunos entusiastas de las gallinas lo creen. Leí un comentario en internet de alguien que anunciaba con alegría que sus gallinas eran «muy entretenidas, ¡porque son más tontas que hechas de encargo!». Pero mis gallinas no parecían tontas. Exploraron su gallinero con esos movimientos de *stop-action motion* que les hacen parecer personajes de dibujos animados, pero con una enérgica lucidez y una llamativa curiosidad. Enseguida entendí que, con ellas, la expresión «orden jerárquico» no era solo una manera de hablar. Se ajustaban a un estricto sistema social: cada una de las gallinas se alimentaba por turnos en el comedero y soltaba picotazos correctivos a aquellas que no se comportaban como debían.

Cuando las gallinas ya estaban totalmente instaladas, al cabo de unas pocas semanas, empecé a dejarlas salir de su gallinero durante el día para que rondasen por allí. Si yo estaba fuera, se quedaban a mi lado, haciendo ruiditos y ronroneando mientras picaban el suelo en busca de bichitos y hierba. Disponemos de más de veinte hectáreas de terreno por el que podrían andar con libertad, pero obviamente mostraron el impulso contrario de todas las mascotas y decidieron que su lugar preferido para pasar la tarde era echarse una siesta cerca de la puerta principal o bien subirse a las macetas del patio. En cualquier caso, me enamoré de ellas. Observarlas me resultaba relajante. No me gustan las labores del hogar pero, para mi sorpresa, disfrutaba de todas las tareas relacionadas con mis gallinas: me encantaba ponerles la comida y el agua y también limpiar

con la manguera su Eglu. Me encantaba ir a la tienda y comprar balas de paja para sus nidos y sacos de veinte kilos de comida. Entre otras cosas, sentía que eso me daba legitimidad como lugareña; ya no era una urbanita ingenua y oportunista. Cuando una de mis gallinas puso un huevo por primera vez, me sentí tan orgullosa como si hubiese asistido al *bat mitzvah* de mi hija.

También hemos pasado momentos difíciles. Pocos meses después de que llegasen mis gallinas, los dos indolentes y viejos chuchos de mis vecinos entraron en nuestra propiedad, lograron abrir el Eglu y mataron a dos de mis aves. Esto me revolvió las tripas, pero no tardé en hacerme con cuatro ejemplares jóvenes que encontré gracias a un grupo de amantes de las gallinas de internet. Después perdí dos de ellas. Desaparecieron a plena luz del día, probablemente las interceptó un halcón o una lechuza o un coyote o un mapache o un zorro; a todos los habitantes del bosque les gustan las gallinas, porque las gallinas, que no vuelan bien ni corren mucho ni saben pelear, son como patos sentados. Tras esa catástrofe, construí una zona cercada en el patio con una red en la parte superior e instalé el Eglu dentro; me negué a que las gallinas rondasen por ahí a su aire. Hasta entonces, nunca había pensado en ellas como posibles presas. En las bucólicas escenas que había imaginado con gallinas correteando por mi césped, no aparecían depredadores relamiéndose.

*

En cierto momento, con tan solo dos gallinas en mi poder, me fijé en que una de ellas no se sostenía bien de pie. También dejó de poner huevos y perdió mucho peso. De haber sido una granjera de verdad, la habría sacrificado —es decir, la habría matado— y habría acabado con el problema. Pero como no soy una granjera de verdad, la llevé varias veces al veterinario. No fue capaz de diagnosticar el problema, pero le inyectó esteroides y le recetó antibióticos. No mejoró. Le cos-

taba tanto mantener el equilibrio que ni siquiera podía llegar a la comida a menos que la ayudase a alcanzar el comedero. Mi veterinario se disculpó por no ser capaz de resolver el problema y me explicó que sus conocimientos sobre pájaros eran limitados (a menos que se especialicen en pájaros, la facultad de veterinaria solo exige a sus alumnos que le dediquen un único semestre a la medicina aviar). Contacté con un experto en aves de Boston, pero tampoco supo decirme nada concreto sobre la enfermedad de mi gallina. Mi investigación me llevó a sospechar que se trataba de algo denominado enfermedad de Marek, una especie de cáncer infeccioso de las gallinas que afectaba al sistema nervioso de las aves y podía matar a toda una bandada si se extendía. La gallina enferma había sido la más amigable y la más tranquila de todas, a la que más le gustaba que la cogieran en brazos y la acariciasen. Hasta que enfermó, ponía huevos de color marrón con la puntualidad de un reloj. Se llamaba *Beauty*, pero en la etiqueta de su antibiótico podía leerse «Gallina Orlean», que incluso a pesar de mi tristeza me resultó gracioso.

Después de un mes de alimentarla con mis propias manos, haciéndole engullir los antibióticos y sin diagnóstico alguno más allá de mi corazonada sobre la enfermedad de Marek, acepté que Gallina Orlean estaba sufriendo y que no había nada más que pudiese hacer por ella. Yo no había dejado de comer pollo, por lo que no tenía ningún derecho moral a oponerme a la muerte de una gallina, pero no podía acabar con mi propia mascota, así que volví a llevarla al veterinario. Le inyectó una dosis fatal de pentobarbital y yo me fui a la sala de espera y me eché a llorar. En la sala había una mujer robusta que sostenía en sus brazos un carlino gordo de color marrón. La mujer se me acercó y me puso una mano en el hombro.

—Oh, querida, lo siento. ¿Era tu perro? —me dijo.

—No —sollocé, tapándome la cara con las manos—, era mi gallina.

*

Ahora tengo siete gallinas. Estaba convencida de que eran siete gallinas, hembras, pero, hace poco, una de ellas —la dulce, recatada y tímida *Laura*— demostró el auténtico reto que es sexar pollos cuando le salieron unas grandes carúnculas rojas y empezó a cantar al amanecer. Así que corrijo el recuento: tengo seis gallinas y un gallo inesperado. Mientras tanto, el movimiento a favor de las gallinas parece haber ido creciendo de manera exponencial. He detectado cierto exceso de maduración en sus límites. Me he fijado en algunas tendencias tardías como los pañales para gallinas, para quienes quieren tener gallinas como mascotas caseras, y también hay algunos gallineros que, sin duda, van más allá de la definida funcionalidad del Eglu e incorporan florituras que tienden a lo excesivo.

Algunos personajes destacados en el mundo de las gallinas se preguntan qué podría sustituirlas, si es que la pasión por ellas decae en algún momento. Dave Belanger, de *Backyard Poultry*, cree que podrían ser las cabras. El CEO de McMurray Hatchery, Bud Wood, cree que la próxima moda serán los patos. Pero yo creo que las gallinas seguirán ocupando el trono. Ya han sobrevivido a las burbujas de las gallinas y al miedo al colesterol y a los enormes cambios sociales que han acabado encerrándolas en los patios de las casas. Serán capaces de sobrevivir a los pañales y a los gallineros con pedrería y al repunte de los patos. Las gallinas, esa cosa con plumas, siempre alegres y útiles, perdurarán.